
LA CIENCIA Y EL BOLSILLO DEL MECENAS¹

MAURO CASTELO BRANCO DE MOURA²

Francis Bacon, uno de los próceres de la ciencia moderna, estuvo empeñado en la elaboración de un método que permitiese la creación de nuevas obras. La ciencia experimental que buscaba, en su afán de lectura del “libro de la naturaleza”, tendría la finalidad ética de contribuir para la mejoría de las condiciones de vida de los hombres, la razón mayor para la búsqueda de nuevos conocimientos. Su consigna “saber es poder” estuvo subordinada a este designio ético. Con la Revolución Industrial, dos siglos más tarde, el encomio del “progreso” convertiría al mismo en la panacea capaz de solucionar los problemas humanos. Con Condorcet en, su *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, escrito en la clandestinidad, se erigiría una parusía laica, cuya apoteosis sería la Gran Revolución Francesa de 1789, instauradora de una racionalidad que, paradójicamente, conduciría a su autor a la muerte. La voz, casi aislada, de Rousseau fue una de las pocas a advertir tempestivamente que “las ciencias y las artes” no tendrían, *per se*, la virtud de conducir a la humanidad a una etapa superior de sociabilidad. El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo, planteado por Adam Smith, permitió la edificación de un mundo de una abundancia jamás vista, que profundizó el gravísimo problema de la desigualdad, tan contundente y oportunamente señalado por Rousseau, quien siguió las huellas de Montaigne en su magnífico ensayo sobre los caníbales.

Karl Marx sería un legítimo heredero de toda esta tradición moderna. Por un lado, porque, sin nostalgia alguna por las formas sociales anteriores propone que la explosión productiva auspiciada por la Revolución Industrial sería la base para la superación de la escasez y, por ende, para la construcción de una forma de sociabilidad cuya libertad reposaría en la abundancia, sin las trabas que el insipiente dominio de las fuerzas de la naturaleza solía anteponer a la existencia humana en las sociedades precapitalistas. Por otro lado, porque su exhaustiva crítica de la sociabilidad burguesa demuestra que el desarrollo de las fuerzas productivas viene necesariamente aparejado con la desigualdad y con la sumisión de una parcela de la humanidad a los intereses y caprichos de los capitalistas,

Departamento de Filosofía, Universidad Federal de Bahía, Brasil. / mcbmoura@gmail.com

encarnaciones de la forma capital de los productos del trabajo humano. La riqueza, en su forma burguesa, de la sociabilidad humana está constituida, como ya intuía Aristóteles *avant la lettre*, por dos momentos: concreto (valor de uso) y abstracto (valor de cambio o, simplemente, valor ³). La riqueza concreta es aquella que satisface a las apetencias humanas y, de la cual, todas las formas históricas de la sociabilidad humana deben tratar de proveerse. Para Marx, poco importa la naturaleza de estas apetencias, si advienen del estómago o de la fantasía [*dem Magen oder der Phantasie* ⁴], una vez que son históricas y cambian conforme la formación social. Además, hay un margen de elección individual en la satisfacción de los deseos, y de ahí que la publicidad, a la cual los capitalistas suelen destinar recursos de inmensa monta, actúe tan incisivamente en la configuración de nuestra voluntad, no por la persuasión racional, sino subliminalmente, por medio de la manipulación de nuestras pulsiones.

La riqueza abstracta, sin embargo, es la forma de la riqueza concretamente capitalista y carga en sí la extraña paradoja de ser, a la vez, objetiva y extrasensorial. Las perlas o el oro valen, independientemente de que a mí me gusten o no, pero como ha señalado Marx, ningún químico jamás ha encontrado valor en su inspección material ⁵. El hecho de que la riqueza burguesa no pueda ser aprehendida sensorialmente le confiere un carácter intrínsecamente misterioso. Mientras el acumulo desmesurado de riqueza concreta suena absurdo (como los miles de pares de zapatos de Imelda Marcos, mujer del exdictador de las Filipinas, Ferdinand Marcos), no así la posesión ilimitada de riqueza abstracta. En la medida en que sólo el Dios omnipotente, omnipresente y omnisciente, puede tener una propensión ilimitada al consumo (que difiere de lo que pregonan ciertos manuales de economía), y puesto que seres finitos como nosotros no tienen la capacidad de consumir sin límites por más que se nos antoje, entonces la riqueza abstracta, principalmente bajo la égida de la forma capital (en tanto que valor que se valoriza), no tiene límites. No provoca tanta perplejidad, como la excéntrica Imelda, el hecho de que Bill Gates, Donald Trump u otros magnates tengan miles de millones de dólares. Marx, en las huellas de Aristóteles, señala que:

La circulación simple de mercancías —la venta para la compra— sirve de medio para un fin situado fuera de la circulación, que es la apropiación de valores de uso, la satisfacción de necesidades. En cambio, la circulación del dinero como capital constituye un fin en sí, pues la valorización del valor sólo se da dentro de este movimiento constantemente renovado. El movimiento del capital, por tanto, no tiene medida. El poseedor de dinero, en cuanto representante consciente de este movimiento, se convierte en capitalista. Su persona o, mejor dicho, su bolsillo es el punto de partida y el punto de retorno del dinero ⁶.

En su afán por valorizar valor, los capitalistas suelen promover el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo. Esta desiderata, sin embargo, no puede consumarse sin el fomento de la ciencia y de su aplicación a la técnica, de cuya conjunción nace la tecnología, hija dilecta de la Modernidad después de la Revolución Industrial. El desarrollo de la ciencia, por ende, queda supeditado al proceso de valorización del valor y los rumbos del conocimiento científico fuertemente influenciados por los intereses de aquél que financia las condiciones necesarias de su producción.

Dicha supeditación no es inocente desde el punto de vista de sus consecuencias para el desarrollo de la ciencia (y, con más razón, de la tecnología). Los científicos, como los demás humanos, suelen influenciarse por su entorno social y, sobre todo, por quienes le pagan su sueldo, o sea, por los intereses del bolsillo del mecenas de la ciencia que, en muchos casos, no coinciden con los de las más amplias capas de la población a quienes se destinan sus resultados. Asimismo, las instituciones, como los científicos, no quedan inmunes los proyectos del mecenas e, incluso, en muchas universidades, sus ingresos y directivas son afectados por los intereses empresariales. Si en la llamada democracia representativa es común que los representantes dejen de defender los intereses de sus electores en pro de satisfacer a los de los financiadores de sus campañas electorales, el asunto es aún más complejo con relación a la democratización de la producción y de los resultados de la ciencia. Con el fin de la Guerra Fría y el desmonte global del *Welfare State* hay un creciente secuestro de la soberanía popular y, por ello, de la representación. Temas fundamentales para la vida de los ciudadanos están completamente fuera del escrutinio popular, como los bancos centrales, por ejemplo, cuyos dirigentes no son siquiera elegidos y sus decisiones afectan seriamente el cotidiano de la gente.

En lo que atañe a las decisiones políticas, los ciudadanos pueden y deben luchar por su empoderamiento a través de una participación más efectiva en aquéllas. Sin embargo, en lo que concierne a las opciones sobre el dominio científico y tecnológico es necesario un conocimiento que no suele estar disponible a las personas comunes. La misma división del trabajo sobre la cual se erigió el estupendo despliegue de las fuerzas productivas de la sociedad contemporánea imposibilita que incluso las personas mejor informadas estén en condiciones de emitir una opinión fundamentada acerca de muchos dominios del conocimiento o de la técnica. Esto torna imprescindible poder contar con instituciones científicas y científicos independientes, sin subordinación a los intereses empresariales prevalecientes. La pluralidad de las fuentes de producción de conocimiento científico y tecnológico es fundamental para el ejercicio de la ciudadanía.

Los *lobbies* en defensa de las ganancias de los capitalistas son siempre muy activos y actúan junto a los parlamentos y a la tecnocracia. Muchas decisiones que afectan el medio ambiente, la salud humana y sus condiciones de vida son tomadas sin que las personas afectadas siquiera se den cuenta de sus consecuencias. Es fundamental, por lo tanto, que se mantengan instituciones autónomas de investigación que puedan respaldar las decisiones de la población. La ciencia y sus resultados no son, *per se*, moralmente edificantes, pues pueden engendrar maravillas y monstruos. Por esta razón parece fundamental que subsistan instituciones y científicos no subordinados al mecenas de la valorización del valor, sin compromisos con su bolsillo, que puedan hacer el contrapunto a los intereses del capital, orientando acciones que lo frenen, y que sustenten el ejercicio de la soberanía popular.

NOTAS

- 1 Agradezco a la doctora Marisa Muguruza por sus valiosos comentarios.
- 2 Profesor Titular del Departamento de Filosofía de la Universidad Federal de Bahía (Brasil).
- 3 En virtud de su intención explícita de “crítica de la economía política” (subtítulo de *El Capital*) Marx mantuvo las denominaciones empleadas por Adam Smith (*value in use* y *value in exchange*); aunque, de hecho, remontara a Aristóteles (cuando decía que la sandalia serviría para calzar o para intercambiar) al sostener que la mercancía poseería dos atributos: la utilidad y la intercambiabilidad.
- 4 Marx, *Das Kapital*, MEW 23, Berlín, Dietz, 1972, p. 49.
- 5 “Hasta ahora, ningún químico ha descubierto el valor de cambio en una perla o en un diamante” (Marx, *El Capital*, 4ª Edición, Trad. Roces, Wenceslao, México, FCE, 2014, p. 82).
- 6 Marx, *El Capital*, Idem, pp. 140-141.